

narla. Este desierto, junto con los intereses de sus estados de Europa que exigían su presencia, le obligaron á embarcarse despues de concluir con Saladino una tregua de tres años, cuyas condiciones eran favorables á los christianos de Oriente, pues les aseguraba la posesion de las ciudades de Cesarea, de Joffa ó Joppe, de Aros, de Acre y de Hiffa, y de otras varias plazas y castillos de menor entidad. Tal fué el éxito de la tercera cruzada de que se habian esperado mayores ventajas, tanto por el poder y pericia de los príncipes que iban dirigiendo la empresa, como por las buenas medidas que parecían haber tomado para conservar el órden y la disciplina en sus ejércitos. Esta nueva emigracion de los christianos de Occidente solo produjo en Asia una conmocion pasagera, y Jerusalem, cuya conquista era el único objeto de la expedicion, permaneció baxo el yugo de los musulmanes.

ARTICULO VIII.

Errores contra los dogmas y la moral suscitados en el siglo XII.

Los errores que se suscitaron en el duodécimo siglo, sobre todo en Occidente, y que causaron á la Iglesia una conmocion tan violenta, prelude de mayores males, tenían á un tiempo su origen en la ignorancia y la corrupcion de costumbres que aun quedaban de los siglos precedentes; en las luces que la renovacion de los estudios y la multiplicacion de las escuelas empezaban á difundir, y en las ideas mal dirigidas de reforma y de perfeccion de que se alimentaban los espíritus amigos de la novedad. Las desavenencias de los papas y emperadores, los desórdenes del clero, la vida ostensiva y profana de un gran número de obispos habian dado motivo á muchos escritos en que se examinaban la naturaleza de la potestad eclesiástica, los derechos legítimos del ministerio espiritual, y las obligaciones del episcopado. Se habian escrito ademas algunos tratados sobre la moral, en los cuales exágerando los vicios y los escándalos de los clérigos y monges, se declamaba contra sus riquezas, y lo mal que las empleaban. Finalmente el principal objeto de aquella multitud de doctores, cuya voz resonaba en las escuelas, era conciliar los dogmas de la fe

con los principios de la filosofia de Aristóteles mal entendida, y no mejor explicada. Los conocimientos adquiridos participando todavía de las preocupaciones de la ignorancia que aun no se habian desvanecido enteramente, no eran bastante profundos y acrisolados para que se estuviese en estado de tomar el partido de la razon en todos los asuntos que intentaban discurrir, y de fixarse en el punto delicado que separa la verdad del error. De esta suerte las peligrosas novedades, cuya semilla empezó á brotar en este siglo, dimanaron todas de que no siendo el christianismo tan estúpidamente ignorante como en los siglos precedentes, tampoco estaba bastante ilustrado ni diestro en el uso de sus luces. Lo que vamos á referir será la prueba de estas reflexiones.

Pedro de Bruys, nacido en las montañas del delphinado, simple lego, es uno de los predicantes del siglo XII á quien los pretendidos reformados han puesto en el número de sus patriarcas. Enseñaba que el bautismo nada sirve ántes de tener uso de razon; que el sacrificio de la Misa es solo una ceremonia vana é inútil sin objeto ni eficacia; que no se debe adorar la cruz ni invocar á los santos; que las oraciones, ruegos y ofrendas por los muertos nada valen; que los templos, los altares y los ritos católicos son obra de la supersticion; y que para perfeccionar la religion se deben abolir. Habiendo este fanático grangeado sequiaces, pasó de la enseñanza á la execucion. Recorrió las provincias meridionales de Francia declamando contra el clero, y censurando agriamente la conducta de los pastores, y llevando tras sí un tropel de gente á quien excitaba á la violencia y al tumulto. Demolia las iglesias, echaba por tierra los altares, quemaba las cruces, y rebautizaba á los que de niños lo habian sido. Hizo grandes progresos en la Provenza, en Langüedoc y los países vecinos. Pero indignados los católicos de sus blasfemias y extorsiones, le prendieron y quemaron en la pequeña ciudad de san Gilles, en Langüedoc.

Entre un gran número de discípulos tuvo Pedro de Bruys uno que hizo mas estrépito y estragos que su maestro. Era este un ermitaño ignorante y fanático; imbuido en la falsa doctrina de los petrobrusianos, y que se creyó enviado de Dios para extenderla. Pedro de Bruys habia empleado la fuerza y los medios violentos atacando á

cara descubierta **el** culto de la religion y los objetos consagrados por la veneracion pública. Henrique (así se llamaba este fanático) siguió otro rumbo mas eficaz y seguro, que fué la insinuacion y la hipocresía. Era jóven, bien proporcionado, y de un rostro en que todas las pasiones que queria exprimir se pintaban al vivo. Tenia una voz de trueno, cuyo espantoso sonido era propio para conmovier al pueblo, y hacer profundas impresiones en todos sus oyentes. A todo **esto** juntaba un singular género de vida, andaba descalzo, comiendo solo lo que le daban, y durmiendo á la inclemencia en parages solitarios y elevados. No era menester **mas** para arrastrar hácia sí la multitud ignorante, y grangearse la reputacion de un santo. Su autoridad, la vehemencia de su predicacion, y aquel órgano retumbante de que la naturaleza le habia dotado le adquirieron una gran celebridad. Le llevaron á la ciudad de Mans, en donde el clero y el pueblo se apresuraron á oírle. Pero no se tardó en conocer el espíritu que animaba al nuevo predicador, y los perjudiciales efectos que producía en las imaginaciones que tenia la funesta habilidad de mover y de inflamar. Acalorado el pueblo con sus declamaciones contra **el** clero, se enfureció levantándose con violentos excesos **contra** los eclesiásticos, y solo se hablaba de echarse sobre sus bienes, incendiar sus casas, y aun apedrear ó ahorcar á sus dueños. En vano el cabildo de Mans ordenó al sedicioso predicador, baxo pena de excomunion, de volver al silencio propio de su estado; despreció sus órdenes y sus amenazas, respondiendo solo con nuevos arrebatos, y el populacho que le miraba como á un profeta favorecia sus excesos. El calor de los ánimos y la confusion que producía, habian llegado al mas alto punto quando Hildeberto, obispo de Mans, vino de Roma. Era uno de los prelados mas sábios de la iglesia de Francia. Pero aquel obispo no tentó disipar el prestigio, por cuyo medio Henrique habia alucinado los espíritus refutando seriamente sus errores; se contentó con hacerle á presencia del pueblo algunas sencillas preguntas sobre las prácticas mas comunes de religion, y oraciones mas usadas de la Iglesia. Su ignorancia se descubrió por la confesion que él mismo se vió precisado á hacer, y los que mas se habian admirado se avergonzaron de haberse dexado engañar de un impostor tan despreciable. Echado de Mans se retiró

hácia el mediodía de la Francia, y predicó sus errores en Provenza y Langüedoc, en donde Pedro de Bruys habia dexado un gran número de sectarios. Se reunieron baxo la conducta de Henrique, y el fanatismo se volvió á encender en aquellas provincias. San Bernardo acompañado de un legado de Eugenio III., pasó á ellas para conducir al pueblo á la verdad con instrucciones luminosas y eficaces. Al acercarse este formídale adversario, el novator que no se juzgaba capaz de resistirle huyó; pero le prendieron y llevaron á la cárcel del arzobispo de Tolosa, en donde murió poco despues. San Bernardo y el venerable Pedro de Cluni han refutado los errores de los petrobrusianos y henriquianos con los mismos argumentos que los padres habian empleado contra los donatistas, Vigilancio, y los iconoclastas, cuyas falsas opiniones renovaban, y de que nosotros nos servimos en el día contra los protestantes que no tuvieron rubor de llamar á estos antiguos fanáticos sus precursores.

Miéntas que Pedro de Bruys y Henrique turbaban el medio día de la Francia, un lego de Amberes, llamado Tanquelino ó Tanquelmo, causaba los mismos estragos en las provincias Bélgicas. Enseñaba que los sacramentos de la iglesia católica son abominaciones, los templos lugares de prostitucion, el sacrificio de la misa una ceremonia vana é inútil; que los pastores de la Iglesia, papas, obispos y sacerdotes no tenian mas facultades que los simples legos; que la verdadera Iglesia la componia la sociedad, de que él era cabeza, y que no era preciso pagar el diezmo á los eclesiásticos. Al principio solo predicó á escondidas; pero quando hubo formado una secta numerosa que le puso en estado de no tener que temer de las potestades, se dexo ver en público, y difundió á cara descubierta sus errores. Habia comenzado declamando contra los vicios y la corrupcion de costumbres: era su moral entónces austera y penitente; pero viendo á una multitud del pueblo seguirle en tropel, y habiendo su fanatismo seducido cantidad de hombres y mugeres, se dió al fausto, y se abandonó sin pudor á su pasion por el otro sexo. Se vestia muy ricamente, marchaba escoltado de gente armada, hacía llevar delante de sí un estandarte desplegado, y una espada desnuda en señal de su poder; y llegó su impiedad hasta igualarse á Jesu-christo, diciendo que él era Dios co-

mo él, pues que habia recibido del mismo modo la plenitud del Espíritu Santo. Le rindieron los honores divinos, y recibían el agua en que se habia bañado para beberla, como un remedio saludable al alma y al cuerpo. Este impostor habia de tal suerte deslumbrado al estúpido pueblo, que las mas bellas mugeres de su secta ambicionaban el honor de recibir testimonios de su pasión, y que las madres y los maridos, testigos de sus placeres, quedaban reconocidos á la preferencia que dispensaba á sus hijas y á sus mugeres.

Este heresiarca no era ménos avaro que voluptuoso. Nunca se le daba bastante, y para excitar la liberalidad de los que habia seducido, se valió de una estratagema digna de su impiedad. Predicando en una plaza pública, hizo acercar una imágen de la santa vírgen, y juntando su mano á la de la efigie, *madre de Dios*, dixo con desvergüenza, *yo os tomo hoy por esposa*; despues dirigiéndose al pueblo á quien aquella profanacion hubiera debido conmovier, *veis*, continuó, *que yo acabo de desposarme con la santa Vírgen*; á vosotros toca subvenir á los gastos de tan bella alianza; veis aquí dos tronos; que los hombres y las mugeres traigan con separacion sus ofrendas, á fin de que yo pueda conocer qual de los dos sexos es mas apasionado de mí y de mi esposa. Las mugeres se distinguieron por su generosidad, y se despojaron de lo que tenían mas precioso para ponerlo á los pies del impostor. Por medio del dominio que se habia adquirido sobre el pueblo, hizo grandes estragos en la Zelanda, en Utrech, en Flandes, y sobre todo en Amberes. El clero de este país ignorante y vicioso no estaba en estado de oponersele. San Norberto fué el único que emprendió confundirle. Pero el pueblo estaba demasiado ciego para sufrir que se le desengañase sobre este impostor. Tanquelino añadió la violencia á la seducción. A la cabeza de sus mas zelosos seqüaces llenaba de asesinatos todos los parages en donde no recibían su doctrina. Se atrevió á ir á Roma con dos de sus discípulos en hábito de monge, pero salió de allí prontamente, sin duda, porque no vió medio de hacer grandes progresos, ó que no se creyó en seguridad. Fué arrestado á su vuelta por orden del arzobispado de Colonia, y puesto en prision con los dos compañeros. Pero halló arbitrio de escaparse. Dios, en fin, no permitió que abusase mas tiempo de las almas cré-

dulas, y fué muerto por un sacerdote, unos dicen que en 1115, y otros en 1125. Por su muerte, su secta que era numerosa y muy corrompida, se mezcló con los demas fanáticos que inundaban los países baxos, igualmente que la Alemania y la Francia.

Despues de los sectarios que hemos dado á conocer, compareció Arnaldo de Brescia, monge sedicioso, que siguiendo sus principios atacó la autoridad del papa, el poder de los obispos, las riquezas de la Iglesia, y los derechos temporales agregados á un gran número de sillas. Algunas nociones superficiales de teología que habia adquirido en la escuela del famoso Abelardo, algun talento para predicar, y un deseo inmoderado de hacerse famoso siendo jefe de secta, le condujeron á de clararse de esta suerte contra el pontífice. Roma, víctima de las facciones, y luchando á un tiempo contra los emperadores y los papas, le ofrecia un teatro en que podia manifestar el funesto talento que poseia de inspirar al pueblo el tumulto y la sedicion. Vestido de monge, y baxo un exterior humilde y penitente, conmovia al pueblo que le rodeaba en tropel produciendo invectivas contra los papas y los cardenales, animando á los romanos á sacudir el yugo que llaman tiranía sacerdotal, exhortándolos á exemplo de sus mayores á restablecer una forma de gobierno que habia extendido tanto en otro tiempo el poder y la gloria de la república. Aunque el papa Inocencio le condenó en un concilio de Letran en 1179, y que se vió obligado á refugiarse á las montañas de la Suiza, volvió á la capital del mundo christiano en el mismo pontificado en 1181, y habiéndose juntado con los sediciosos que despedazaban la ciudad, excitó nuevas turbaciones. Favoreciendo su doctrina á los que se habian apoderado de los bienes eclesiásticos ó que aspiraban á enriquecerse por esta via, tenia por defensores todos los señores legos que la Iglesia trataba de robadores y sacrílegos. Con este apoyo no cesó de soplar en Roma el fuego de la sedicion hasta el pontificado de Adriano IV. Este papa forzó á los romanos por un entredicho general á echarlo de sus muros. Halló asilo entre los señores de la Campania que necesitaban valerse de sus principios para cohonestar sus usurpaciones. Pero finalmente, el emperador Federico obligó á estos señores á entregarle á los cardenales, que despues de haberle juzgado como á herege le entregaron al

prefecto de Roma para que le castigase como á sedicioso y turbador del sosiego público. Se le condenó á las llamas en 1155, y sus cenizas se echaron en el Tiber, temiendo que el pueblo simple no las recogiese y honrase como las reliquias de un mártir.

Apenas la secta de los arnaldistas se habia disipado por el justo castigo de su autor, quando se formó otra de nuevo, producida casi de las mismas semillas, y animada del mismo espíritu. Hablamos de la de Pedro Valdo, y uno de aquellos sucesos espantosos para las imaginaciones vivas y sombrías, y que el comun de los hombres mira todos los dias con indiferencia, le dió principio. Varios ciudadanos de Leon se habia juntado en cierto parage, sin duda para tratar de negocios de comercio, quando uno de ellos cayó muerto á sus pies. Pedro Valdo, negociante rico, se conmovió de tal modo con este accidente, que resolvió renunciarlo todo y abrazar la pobreza. Distribuyó sus riquezas entre los infelices que acudieron á él; y teniendo algun conocimiento de la literatura, les explicaba la Biblia en lengua vulgar, deteniéndose principalmente en los pasages en que se recomienda el despego de las riquezas y menosprecio de las cosas terrenas. A fuerza de predicar el desinterés, llegó á persuadirse que sin una pobreza absoluta nadie podía ser discípulo de Jesu-christo. De ahí se seguía que los obispos, los abades, los eclesiásticos y monges, que poseían todos grandes riquezas, y que vivían por la mayor parte en el luxo y la molicié, estaban descarriados, y no merecian el nombre de christianos. Por tanto, Valdo se puso á declamar contra el clero, censurar las costumbres de los eclesiásticos, y inspirar el mayor desprecio de ellos. La iglesia de Leon miró al principio los discursos de Valdo y de sus discípulos como desvarios de un zeló inconsiderado, y que seria facil atraerlos á la verdad. Pero su secta solo oyó los avisos y censuras del clero como cosas de una autoridad que le era odiosa. Se hizo mas atrevida, y pretendiendo que el ministerio evangélico pertenecia á todos los christianos que son llamados al *Sacerdocio real*, estos novatores, cuyo número se aumentaba de dia en dia, empezaron á predicar en las ciudades y aldeas. Exhortaban á los christianos á la pobreza, y hacian invectivas contra el clero, cuyas riquezas y potestad atacaban.

Habiendo sido inútiles los medios prudentes y suaves

de que la iglesia de Leon se habia valido al principio para reducirlos á los justos límites, el papa Lucio III. los condenó como heréticos hácia el año de 1182 ó 1183. Pero irritados con la justa severidad del pontífice, y despreciando los rayos de la Iglesia, se levantaron con mayor audacia contra la potestad que contra ellos se fulminaba. Añadieron nuevos artículos á su primera doctrina, pretendiendo que la iglesia romana habia dexado de ser la verdadera Iglesia de Jesu-christo desde que poseia bienes temporales, y concluyendo de ahí que solo ellos formaban la verdadera Iglesia, eran sacerdotes, y tenían el derecho de instruir, derecho usurpado ántes de ellos por los obispos, y los pastores que se habian hecho indignos renunciando la pobreza que Jesu-christo y los apóstoles habian enseñado. Valdo y sus discípulos habiendo sido echados de la ciudad y territorio de Leon, se derramaron por las comarcas vecinas, en el delfinado, en Saboya, en Piamonte, en el Aubernia y en el Berry. Hallaron protectores por donde quiera que habia señores culpados de haber usurpado los bienes de la Iglesia. Fué preciso tomar las armas para arrojarlos de los asilos que aquellos protectores les habian dado en sus tierras y castillos. Enfurecidos con esta persecucion, y no respetando ya autoridad alguna, se armaron tambien, y cometieron las mas horribles violencias en los países en que se habian esparcido. Llegaron, por último, á destruir y trastornar toda la religion, las ceremonias del culto, la invocacion de los santos, la veneracion de las reliquias y de las imágenes, la gerarquía, los sacramentos, y el ministerio sacerdotal. En este estado se hallaba al fin del siglo XII la fanática secta que principió hácia el año 1160. Todavía hablaremos de ella en lo sucesivo, obligándonos las nuevas turbaciones que suscitó en la Iglesia y el estado civil á hacer nueva mencion de ella hasta que se confunde con las demas sectas que de su seno veremos producirse. Se llamó primeramente á los discípulos de Valdo los pobres de Leon, en lo sucesivo tuvieron otros nombres, pero aquel porque son mas conocidos y que han conservado, es el de valdenses, ya porque les viniese de su gefe, ya por el lugar de Vaud en el delfinado, en donde habia nacido.

En el mismo tiempo con corta diferencia, es decir,

bajo el reinado de Alexo Comneno, se habia manifestado en Oriente una secta de fanáticos, cuyos principios poco diversos de los paulicianos, se dirigian á renovar el maniqueismo. Un médico búlgaro, llamado Basilio, fué su autor. Era este un viejo de aspecto venerable, y de una virtud austera; se vestia de monge; tenia un ayre grave y un rostro penitente. Se llamaron estos nuevos sectarios bogomiles, nombre compuesto de dos palabras esclavas, que significan implorar la misericordia; porque una de sus prácticas ordinarias, era decir siete veces de dia y cinco de noche la oracion dominical para pedir á Dios misericordia. Negaban la Trinidad, condenaban el matrimonio y el uso de la carne, desechaban la Eucaristia, y igualaban el culto de los santos á la idolatría, de que Jesu-christo habia purificado la tierra. Al principio Basilio tuvo solo doce discípulos á quienes llamó sus apóstoles. Los imbuyó en sus opiniones, y los envió por diversos paises á difundirla, pero mandándoles ser circunspectos, y asegurarse de los que se presentasen ántes de manifestarles el tondo de su doctrina. El emperador quiso verle, y conversar particularmente con él. Basilio se prestó á los deseos del príncipe, y le descubrió francamente sus opiniones. Pero Alexo habia hecho ocultar secretarios en un sitio de donde oyesen y pudiesen escribir todo lo que Basilio decia. Algunos dias despues de esta conferencia juntó el emperador al patriarca, al clero, al senado y á los grandes cortesanos. Hizo despues llamar á Basilio, é introducirle en la asamblea. Leyeron todo lo que se habia escrito de sus discursos. Basilio reconoció su doctrina, y ofreció probar todos sus artículos, declarando ademas que estaba pronto á sufrirlo todo ántes que renunciarla. Se emplearon sucesivamente los razonamientos y las insinuaciones para desengañarle, pero todo fué inútil. El sectario permaneció obstinado en sus errores. Le condenaron, pues, á ser quemado, y el emperador aprobó la sentencia: el dia del suplicio fué llevado Basilio al hypodromo, en donde de un lado se habia enarbolado una cruz, y encendido una hoguera del otro; propusieron á Basilio que eligiese, y él prefirió las llamas, esperando que los ángeles, lo que no sucedió, vendrian á librarle. Así pereció aquel fanático, cuyos secuaces empezaban á formar una secta numerosa. La doctrina de todas estas sectas solo era en su fondo

un maniqueismo, disfrazado y modificado por la mezcla de algunos nuevos errores, como se ve en los escritores que los han refutado y en los historiadores. Estas diferentes sociedades de fanáticos que inundaban la Francia, despues de haber estado separadas y cada una con su gefe, se unieron en lo sucesivo haciendo un solo cuerpo con los albigenses ó nuevos maniqueos que comparecieron hácia el fin de este siglo. Esta nueva secta la mas formidable que se habia dexado ver en el mundo por el número de los que la formaban, y por el furor de que estaban animados, armó á todo el reyno en su defensa y destruccion, causó daños inauditos, y produjo un sin número de crímenes atroces, cuya memoria aun nos hace estremecernos. Aunque nacta en el siglo XII, el orden de los hechos nos obliga á referir su historia en el siguiente, en que pasaron sus principales sucesos. Por este medio evitaremos el inconveniente de truncar la narracion, y separar las cosas que se deben tratar unidas.

Pasemos á hablar de errores ménos groseros y ruidosos. El abuso de la dialéctica, y la mala aplicacion de las sutilezas escolásticas á los objetos de la fe, produxeron los de Abelardo y Gilberto Porretano, de que vamos á dar una idea la mas clara y exácta que nos sea posible. Abelardo, tal vez el mas bello ingenio del siglo XII., sin exceptuar á san Bernardo, nació en la aldea de Palais, en Bretaña, á tres leguas de Nantes, el año de 1079, de una familia noble y distinguida. Los extravíos de su corazon, sus desgracias, su talento, sus disputas literarias y sus errores, le han hecho célebre entre sus contemporaneos y para nosotros. El gusto de las ciencias y el deseo de saber se manifestaron temprano en él. Fué su primer maestro Roselino de Compiégne, cuyos dictámenes sobre el misterio de la Trinidad habian parecido sospechosos de heregía á los obispos del concilio de Compiégne que le condenaron en 1092. A principios del siglo XII. vino á París para perfeccionarse en las ciencias en la escuela de Guillermo de Champeaux, uno de los mas célebres profesores de aque la capital. Desde los primeros pasos que dió Abelardo en la carrera de las letras, manifestó un espíritu curioso, inquiero, y de una sutileza artificiosa. La dialéctica era la ciencia que á la sazón estaba mas en auge. Todos la estudiaban, porque adquirian en poco tiempo por medio de ciertas formas ge-

nerales y un uso fácil el arte de disputar, que era el gusto dominante en las escuelas. Abelardo que aspiraba á una reputacion igual á la de aquellos doctores, cuyo saber realizaba, hizo de ella su principal estudio. Llegó á ser muy diestro, y conoció mejor que ninguno de su tiempo todas las sutilezas de este arte perjudicial. La teología, que por el método nuevamente introducido en las escuelas estaba estrechamente ligada con la filosofía, solo mereció que la tomase como un estudio subalterno. La amenidad de su ingenio, su penetracion maravillosa, y la suma facilidad con que se expresaba, le habia dado ya á conocer quando abrió una escuela en el monte de santa Genoveva, que aun estaba fuera de los muros de París. En breve Abelardo se vió rodeado de una prodigiosa multitud de discípulos, y el producto de sus lecciones, que entónces se pagaba, le facilitó las dos cosas que mas le agradaban, la fortuna y la fama. Pero una y otra fueron origen de sus desastres proporcionándole los medios de satisfacer su inclinacion á los placeres. Es bien sabida la historia de su enlace con la célebre Heloisa, y del bárbaro modo con que Fulberto, canónigo de París, tio de esta jóven tan conocida por los encantos de su ingenio y la ternura de su corazon, vengó el honor de su sobrina. Despues de este cruel suceso se retiró Abelardo al monasterio de san Dionisio al mismo tiempo que Heloisa fué á ocultar su dolor en el de Argenteuil, que era entónces una abadía de monjas.

La soledad y el silencio no convenian con el carácter de Abelardo. Un talento vivo y ardiente como el suyo necesitaba un objeto que le fixase, y un alimento que le nutriese. Encontró uno y otro en la nueva escuela que formó en el priorato de Deuil, dependiente de la abadía de san Dionisio. Una multitud innumerable de discípulos acudieron á ella luego que se supo que habia recobrado la facultad de enseñar. Entónces fué quando Abelardo se entregó totalmente al estudio de la teología mas conveniente á su estado. Sus miras en esta nueva carrera fueron hacer servir la dialéctica á la defensa de la religion, y refutar los argumentos que se tomaban de esta ciencia contra los misterios. Escribió con este designio un tratado de la Trinidad, en que se creyó ver opiniones y expresiones contra la fe; pero han estado poco acordes sobre la doctrina que se le reprobaba enseñase en esta obra. Le acusaban

unos de no distinguir bastante las tres divinas personas, y de indicar que solo eran tres denominaciones relativas á los diferentes aspectos, baxo los cuales se consideraba en Dios el poder, la sabiduría y el amor. Pretendian los otros al contrario, que desmembraba la divinidad, y que su modo de hablar se dirigia á hacer pensar que habia tres Dioses. Esta contrariedad de opiniones provenia sin duda de los términos oscuros y de las buscadas sutilezas de que se servia para dar á sus ideas un ayre filosófico. Sea lo que fuere, se le citó en 1121 al concilio que se celebró en Soissons, en presencia de Conon, obispo de Palestina y legado del papa. Abelardo compareció, y ofreció aclarar los lugares oscuros de su obra, y retractarse de lo que hubiese podido decir contra la fe. A pesar de sus ofertas se condenó su obra, y se ordenó que él fuese entregado al abad de san Medardo para que le tuviese en estrecha reclusion. Al cabo de algun tiempo le volvieron á enviar al monasterio de san Dionisio, de donde era religioso. Tuvo allí disputas con los monges, porque no queria admitir todo lo que el abad Hilduino habia escrito en el siglo IX. de san Dionisio en su libro intitulado *Areopagética*. Esto se le tuvo por un crimen, y se trató su crítica de incredulidad. Para huir de esta nueva persecucion, se retiró á una soledad de la diócesis de Troyes cerca de Nogent sobre el Sena. Allí construyó un oratorio y una celda, que llamó el *Paráclito*, porque era éste despues de una vida agitada lugar de consolacion y de reposo para él. Heloisa fué á verle con algunas religiosas despues de la reunion del monasterio de Argenteuil á la abadía de san Dionisio, obtenida por el crédito del abad Sugerio, siendo á un mismo tiempo el director y maestro de esta nueva comunidad, en donde se vieron florecer el amor al estudio y la mas exácta disciplina: por este medio el Paráclito se hizo una abadía de religiosas, cuya abadesa fué Heloisa. Los antiguos discípulos de Abelardo, habiendo sabido el parage de su retiro, acudieron á él de todas partes, y la soledad, que solo habia buscado para ocultarse, contribuyó mas que todo á su celebridad.

La envidia de dos antiguos condiscípulos vino á turbar la apacible vida que pasaba en el seno de las ciencias y de la piedad. Habia escrito dos obras importantes y de profunda discusion segun los principios que se habia propues-

to para tratar de las materias teológicas. En ellas explicaba los misterios y las verdades de la religion christiana, haciéndolas sensibles por comparaciones tomadas de la naturaleza, y combatia con el método filosófico las dificultades que los falsos dialécticos oponian á los dogmas de la fe. Tal es la idea general de la introduccion á la teología y de la teología christiana. Alberico y Lotulpho, que habian denunciado por herege á Abelardo al concilio de Soissons, examinaron estos nuevos escritos con ojos preocupados y dispuestos á descubrir errores en ellos. Guillermo, abad de san Teodorico, se les juntó sin duda con mas puras intenciones. Este último compendió las obras de Abelardo en 14 proposiciones, de las cuales algunas solo contenian opiniones puramente filosóficas. Pero la mayor parte eran condenables, porque casi renovaban los errores de Sabelio, Nestorio y Pelagio. Guillermo envió este compendio y la obra que habia hecho refutando su doctrina á Godofre, obispo de Chartres, y á san Bernardo. Habiendo el abad de Claraval leído estas obras, se conmovió; y no dudando de la buena fe de Guillermo en la analisis que habia hecho de los tratados de Abelardo, le escribió exhortándole á retractarse y corregirlos. Pero éste, que no reconocia sus verdaderas opiniones baxo los colores con que se habian esforzado á pintarlas, lejos de deferir á las exhortaciones de san Bernardo se quejó de él como de un enemigo que desacreditaba su doctrina, y trabajaba en hacerle odioso. Es cierto que san Bernardo, entregándose á su zelo, se excedió algo en las cartas que escribió al papa, á los prelados de Roma y obispos de Francia contra los escritos y persona de Abelardo: exemplo bien propio para enseñarnos cuánto nos debemos guardar de las impresiones poco favorables á los otros, y de las que se dirigen á condenarlos, y hacer su fe sospechosa. «Si en una alma tan pura é ilustrada como la de san Bernardo, dice un escritor, que ya hemos citado algunas veces, se ha propasado el zelo, cuánto no debemos desconfiar del nuestro nosotros que estamos tan lejos del desinterés y caridad de aquel grande hombre?» (El abate Pluquet diccionario de las Here. T. I. página 9.)

La controversia suscitada entre san Bernardo y el solitario del Paráclito no podia terminarse sino por un juicio eclesiástico. Se hizo, pues, presente al concilio congre-

gado en Sens en 1140. Los dos antagonistas se hallaron en él. Abelardo iba con intencion de pedir se le permitiese explicarse; pero san Bernardo le apuró tan vivamente, y vió los ánimos tan prevenidos contra él, que tomó el partido de apelar al papa, tanto respecto de su persona, como de sus escritos. El concilio creyó debia ceñirse á la doctrina, y condenó las proposiciones sacadas de las obras de Abelardo sin pronunciar nada contra él. La asamblea escribió al pontífice dándole parte de todo lo obrado, é Inocencio II confirmó la sentencia que habia dado.

Antes de ir á Roma para seguir su apelacion, publicó Abelardo una apologia atribuyendo en ella á la malignidad de sus enemigos los errores que se le imputaban. Protestaba que jamas habia pensado escribir ni decir nada contra la fe, y que estaba pronto á reformar todo lo que habria podido escapársele condenable é inexacto. La profesion de fe inserta en esta apologia era totalmente católica en todos los puntos, en los cuales se le acusaba haber errado. Habiendo así justificado su catolicismo, partió para Roma; pero habiéndose al paso detenido en el monasterio de Cluni, Pedro Venerable suspendió su viage, y le reconcilió con san Bernardo. Edificó á los religiosos con su modestia, dulzura y piedad. Como su salud se habia debilitado por los trabajos y las pesadumbres le enviaron para restablecerse al monasterio de san Marcelo, situado en un lugar delicioso y de un ayre puro sobre el Saona, en donde murió en el mes de Abril de 1142, de edad de 63 años. Su cuerpo fué llevado al Paráclito para ser allí sepultado segun sus deseos. Heloisa le recibió al frente de su comunidad, y el abad Pedro escribió con este motivo una carta, que aun se conserva, dirigida á la abadesa del Paráclito, en que hace justicia á las virtudes y á la erudicion de Abelardo. Nos hemos extendido en este personage, cuyo talento y desgracias le hacen interesante, porque nos presenta un poderoso exemplo de los errores en que se puede incurrir por una imaginacion viva y un corazon sensible, quando no los arreglan la prudencia y la razon.

El espíritu sistemático es tal vez lo que hay mas contrario á la fe, sobre todo quando le guia una dialéctica sutil y aguda, entónces nada hay que no se suponga y conjeture por obtener la gloria de disipar las tinie-

blar que cubren los misterios del christianismo, y que le son esenciales. Los errores de Gilberto Porretano acerca de la naturaleza divina son buena prueba de ello. Este teólogo nació en Potiers, y siguió sus estudios con los mas sabios maestros de su tiempo. Despues de haberlos concluido, enseñó en su patria y otros varios parages la filosofia y la teología con extraordinaria reputacion: llegó á ser canónigo de la Iglesia de Potiers, y habiendo vacado la silla de esta ciudad en 1141, fué elegido para ocuparla. Habia ya escrito varias obras, entre otros, comentarios sobre los salmos, sobre las epístolas de san Pablo, sobre los libros de la consolacion de Boecio, y un tratado teológico sobre la Trinidad. El método de que se sirvió era el que reynaba en las escuelas de Occidente desde que se habian adoptado las obras de Aristóteles y los comentarios de Aberroes. Este método consistia, como se sabe, en reducir las ideas á ciertas clases generales, y á colocar los objetos que se trataban en algunas de estas clases que llamaban las categorías, y no eran en realidad sino nomenclaturas sin sentido, generalidades vagas y nociones abstractas de que no se sacaba otro fruto sino el de parecer hábiles sin profundizar nada. Semejante método, que se miraba como la llave de las ciencias, extravió á Gilberto como habia hecho á tantos. Aplicó al misterio de la Trinidad las ideas generales de esencia, naturaleza, substancia, personas, atributos y propiedades. Examinó las relaciones y las diferencias de todos estos objetos, y como cada uno tenia una distincion propia, concluyó que la esencia divina, la naturaleza, las personas, los atributos y las propiedades eran otras tantas distintas cosas, otras tantas formas, las quales tomadas separadamente no eran Dios. Así la sabiduría, el poder, la bondad, la justicia y de los demas atributos divinos, considerados por sí mismos, no eran una misma cosa con la naturaleza y esencia del ser supremo é infinitamente perfecto; sino que solo la reunion de estos atributos y propiedades era Dios. Inferió de este modo de entender y explicar el misterio, que habia distincion y composicion en Dios, y que siendo la naturaleza divina diferente de las personas, no habia encarnado quando la segunda persona tomó un alma y un cuerpo semejante al nuestro. En estos dos puntos se contenian los errores de Gilberto Porretano.

Hecho obispo este teólogo conservó el sistema que se habia formado estudiando estas obscuras materias, y se le oyó exponer en sus sermones los principios de que se habia imbuido en su estudio. Los dos arcedianos de Potiers, Arnaldo y Calon se escandalizaron de esta doctrina, que se dirigia á dar una falsa idea del misterio de la Trinidad presentándole con expresiones de que la Iglesia jamas se habia servido, y que aniquilaba el misterio de la Encarnacion reduciéndole á una simple apariencia, ó solamente á la union de las propiedades personales del Hijo de Dios con la naturaleza humana. Denunciaron, pues, estos errores al papa Eugenio III, que estaba para ir á Francia. A su llegada convidó este pontífice al obispo de Potiers á que asistiese á una asamblea de prelados que debia celebrarse en París el año de 1147. Se examinó en ella su doctrina, pero nada se concluyó, dexándose el asunto para examinar con mas madurez, para el concilio que se celebró el año siguiente en Reims en presencia del papa y de los cardenales de su comitiva. San Bernardo se halló en él, y apuró vivamente al obispo acusado, que no ocultó sus sentimientos, porque no los consideraba sino como un modo de explicar el misterio, que nada tenia de reprehensible. Pero el santo abad de Clavaul mostró con mucha sutileza y eloquencia el riesgo de las proposiciones que Gilberto habia producido tales como estas: la esencia de Dios, su divinidad, su naturaleza y su sabiduría no son Dios; y esta otra, la naturaleza divina no encarnó. Despues de largas discusiones, los cardenales que acompañaban al papa querian se dexase la cosa indecisa, para reservarse el juicio con exclusion de los obispos. Los arzobispos y obispos para impedir esta usurpacion de sus derechos hicieron una profesion de fe contraria á los errores de que Gilberto habia sido convencido, y la presentaron al papa. Habiéndola Eugenio recibido, obtuvo sin dificultad una retractacion del obispo de Potiers, que subscribió sinceramente á la condenacion de su doctrina y escritos. Su docilidad reparó su culpa en presencia del concilio y de toda la Iglesia. Sus discípulos le imitaron, y sus errores no causaron turbacion alguna. El término apacible que tuvo este negocio, sin duda nació en parte de que las ideas de Gilberto eran demasiado abstractas, y demasiado sutiles para que las

adoptasen muchas personas, y para excitar en los ánimos aquel calor y tenacidad que forman y eternizan las sectas.

ARTICULO IX.

Personajes ilustres por su santidad; fundacion de algunas nuevas órdenes religiosas y militares.

El siglo XII, época de la restauracion de las ciencias en Occidente, aunque las tinieblas de la ignorancia cubriesen todavía una parte de la Europa, vió tambien aparecer con esplendor varios ilustres personajes de eminentes virtudes y extraordinarios dones del cielo. La providencia los oponia á la corrupcion del siglo y á la multitud de escándalos que continuaban en inundar la Iglesia. Vamos á dar una succinta idea de algunos de estos varones prodigiosos que la gracia se complacia en formar para gloria de la religion, refiriendo los hechos mas notables y edificantes de su historia.

San Malaquías, por quien comenzamos, nació en la ciudad de Armach en Irlanda, de padres nobles, y fué educado allí mismo en las ciencias y la piedad por un varon santo llamado Imario, cuya vida era muy austera. Este inspiró á su discípulo el amor al retiro, penitencia y oracion. Los progresos que Malaquías hizo en la virtud fueron tan notables, que mereció se le elevase al diaconado, y despues al sacerdocio ántes de la edad prescrita por los cánones. Hecho sacerdote, el arzobispo de Armach para unirle mas estrechamente á su Iglesia y á su persona, le confió una parte de su autoridad con el título de vicario. En este puesto trabajo Malaquías con actividad en la instruccion del pueblo, que era ignorante, grosero, supersticioso y casi bárbaro. Por sus cuidados en breve se vió esta Iglesia mudar de aspecto. La luz, la piedad, la pureza de costumbres, la decencia y el fervor en los ejercicios públicos de la religion sucedieron á los vicios, escándalos y prácticas supersticiosas que se habian introducido por la negligencia de los prelados.

Estos desórdenes dimanaban de otro mas condenable y opuesto á las santas reglas. La silla de Armach se habia hecho como hereditaria en una familia poderosa, que la

conservaba cerca de 200 años habia. El actual arzobispo la habia obtenido en consecuencia de este abuso, y conociendo quan digno era de condenarse, resolvió cortarle. Para el mejor éxito señaló á Malaquías por su sucesor, y mandó, por consejo de san Patricio, cuyo nombre era tan venerado en toda Irlanda, que se le eligiese despues de su muerte. Quando se verificó, se cumplió la voluntad del arzobispo; pero Malaquías, ya obispo de Concler, no quiso dexar su Iglesia, ni encargarse del gobierno de la de Armach, sino por el tiempo que se necesitase para extinguir los abusos, y restablecer el buen orden. La familia que se hallaba en posesion de esta silla hizo los mayores esfuerzos para conservarla, y suscitó sucesivamente dos competidores á Malaquías; pero los obispos, los hombres sensatos, y generalmente todos los que conocian sus calidades eminentes, desvanecieron todos los obstáculos que le impedian ejercer su zelo. Quando este varon santo tuvo reparados los males que en una larga serie de años, por la negligencia de los obispos y su abandono de las obligaciones del episcopado, se habian originado en esta Iglesia, le buscó un pastor capaz de continuar la reforma de costumbres que habia comenzado, y se restituyó á su primera Iglesia. Allí se proponia vivir en el retiro, y entregarse á la inclinacion que Dios le habia dado á la austeridad y la penitencia; pero con la celebridad que le habian adquirido sus virtudes, se atraia una multitud prodigiosa de personas de todos estados que iban las unas á consultarle sobre casos de conciencia, y otras á obtener por sus oraciones la curacion de sus enfermedades. Para librarse de estas importunidades, y dar noticia al papa del estado de la iglesia de Irlanda, emprendió el viage de Roma. Al pasar por Francia se detuvo en Claraval, y contraxo una amistad muy estrecha con san Bernardo. Su inclinacion á esta devota soledad era tanta, que pidió como especial gracia al papa Inocencio II el permiso para acabar allí sus dias. Pero conociendo el pontifice quan útiles eran á la iglesia de Irlanda el zelo y los exemplos de un hombre tan lleno del espíritu apostólico, no le permitió renunciar la conducta de las almas.

Quando Malaquías volvió á su patria, aumentando su poder el título de legado que Inocencio II le habia dado, redobló sus trabajos y su ardor por la extirpacion de los